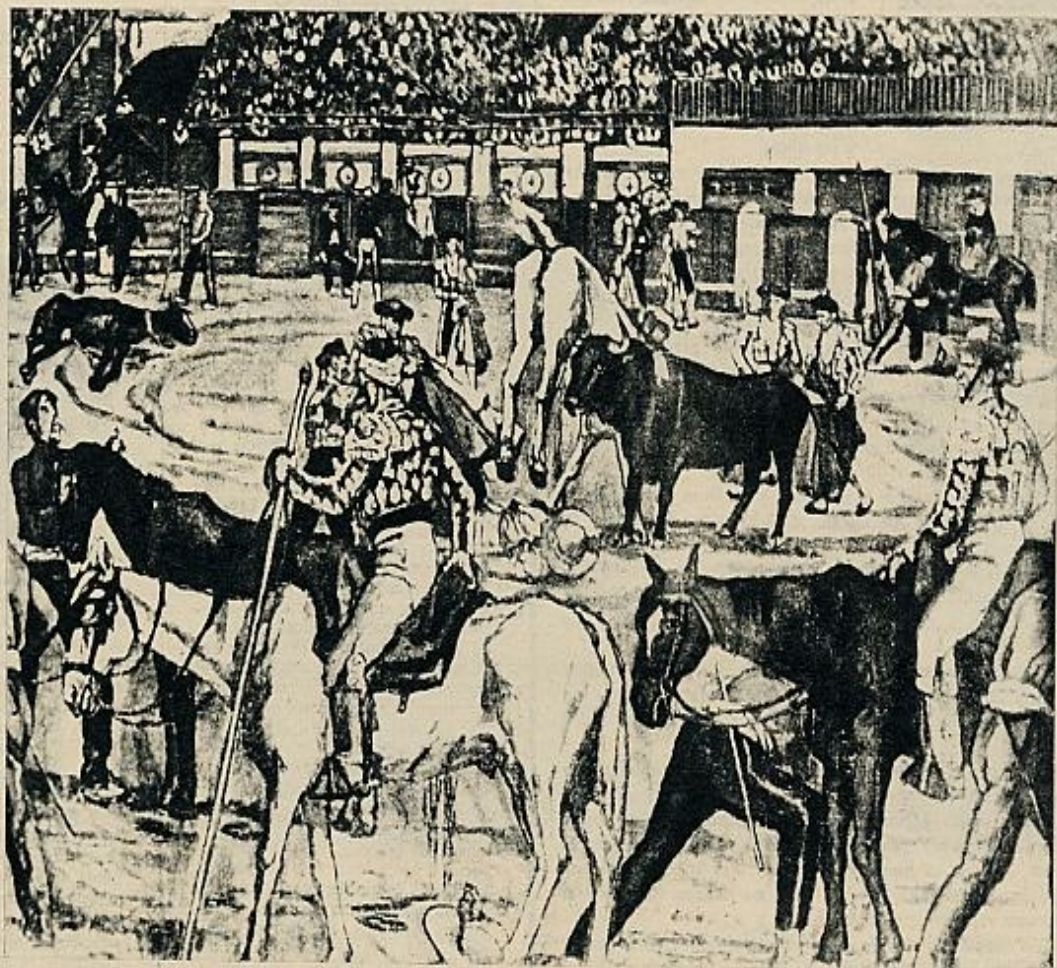


SIETE SIGLOS DE DISCUSION



«La Corrida», de José Gutiérrez Solana.

Los Toros

2

UN ensayista español de nuestros días, Alvaro Fernández Suárez, insiste en los méritos del valor taurino y escribe en su «España, árbol vivo» que la corrida «afirma la dignidad del hombre, ya que éste desafía a fuerzas superiores a él sin perder la línea». «El torero —agrega— habla así en nombre de la criatura humana: soy débil, soy mortal, estoy a merced de ti, fuerza desconocida. Aquí estoy, solo, y tengo miedo. Pero no quiero descomponer mi figura. Soy hombre». Sin duda, explica, en el toreo y debido a los intereses económicos y a otros motivos de dudosísima pureza, hay un fondo de plebeyez. Aunque «la plebeyez del toreo —añade— es un elemento de suma importancia para comprender el sutil espíritu de este arte. Es inevitable que el toreo sea un juego siempre discutible, que ofrece un flanco seguro a la condena moral. Ahora bien: aparece en él un valor fundamental del espíritu del hombre. Estamos aludiendo a la valentía, origen de todos los demás valores humanos, que no existirían si el hombre no hubiera vencido alguna **SIGUE**

por FERNANDO QUIÑONES



vez al miedo primordial, señor de las bestias». «El torero —precisa también Fernández Suárez— no tiene un amparo superior, una protección social o ideológica más allá del hombre mismo que se juega la vida. El torero está solo, a diferencia del soldado, del revolucionario, del mártir». Palabras que parecen engarzar con las del italiano Giovanni Papini (1881-1956), a quien se debe esta definición de la Fiesta: «La corrida de toros es la representación pública y solemne de la victoria de la virtud humana sobre el instinto bestial».

Pero, saltando aquí a algunos de los grandes impugnadores taurinos, el personaje literario que tal vez se ha mostrado el mayor enemigo de las corridas es —no muchos lo ignorarán— el madrileño Eugenio Noel (1885-1936), organizador y primer actor de largas y sistemáticas campañas contra la Fiesta de toros, como contra el flamenco y contra casi todo lo que significase costumbrismo castizo. Su actitud es, por lo menos, explicable; tocó a Noel vivir el fin de siglo, culminación de la decadencia española (con la ultramarina pérdida de la Cuba que, en realidad, y hasta 1959, no alcanza algo que pueda llamarse independencia), y el gran periodista arremetió contra cuanto, a su entender, significaba y fomentaba esa decadencia. A idéntica época y actitud corresponde la espléndida generación española «del 98», de la que formaron parte los también taurófilos Miguel de Unamuno, «Azorín», Baroja y Antonio Machado. Mas, refiriéndonos ahora solamente a Noel, he aquí unas líneas suyas sobre los toros, exactamente las que parecen resumir toda su problemática taurina. Abundan, sin duda, en honestidad, en valentía, en buena intención crítica; cabe pensar, también, que en desmesura y en furor: «Cuanto significa entusiasmo, gracia, arrogancia, suntuosidad, todo, todo está maliciado, picardeado, bastardeado, podrido, por esas emanaciones que vienen desde las plazas a la ciudad, y de aquí a los campos».

Y del fisiólogo francés Charles Richet (1850-1935), Nobel de Medicina en 1913, son las siguientes palabras, referidas a las muchedumbres de los cosos: «La agonía de un noble animal es el placer más glorioso que inventaron». Y en su mismo texto del libro «El hombre estúpido», Richet presenta al toro en la plaza como un ser desvalido al cual, cuando «sangriento, cansado, cae lanzando una angustiosa mirada a sus verdugos», se acerca el matador, «el sacrificador, bien protegido por un imponente cortejo de banderilleros, y cuando no le queda al pobre animal más que un hálito de vida, el torero lo remata». El toro, según Charles Richet (quien, parece claro, nunca presencié una corrida), «está rodeado de cobardes enemigos con armas irresistibles». Para su coterráneo Alejandro Du-



Temple, firmeza de ánimo y maestría en este ayudado por alto del diestro Antonio Ordóñez (foto de Botán).

mas, en cambio, «el hombre tenía su pequeña espada, fina, larga y afilada como una aguja; el animal, su fuerza tremenda, sus cuernos terribles y sus patas rapidísimas. El hombre era poca cosa, en verdad, delante de tal monstruo. Era evidente que toda la ventaja estaba a favor del toro; y en esta lucha desigual era el fuerte, sin embargo, el que debía sucumbir, y el débil quien debía vencer»...

Sumándose al coro de los negadores, el jurista, historiador y ensayista Joaquín Costa (1844-1911)

se muestra también decidido adversario de las corridas. «Son —escribió— un mal inveterado de España, que nos perjudican más de lo que muchos creen».

Por el contrario, José Ortega y Gasset (1883-1955), sin duda considerabilísima figura de las letras y el pensamiento españoles del siglo XX, se mostró siempre muy interesado por la Fiesta y su actitud hacia ella es decididamente positiva. Ortega pronunció conferencias y brindis de asunto taurino; prologó libros dedicados a la Fiesta y él mismo pro-

yectaba un volumen sobre el tema, «Paquiro o las corridas de toros», que no llegó a ultimar pero del que sobrenadan muy nutridos ensayos y pasajes. Fue Ortega, también, quien alentó a la editorial «Espasa Calpe» para que encargase a José María de Cossío el monumental tratado «Los Toros», quien aconsejó después a su autor sobre detalles de su realización y quien le comentó la obra críticamente. «Se trata de un espectáculo —escribió Ortega— que no tiene similaridad con ningún otro, que ha resonado

en todo el mundo y que, dentro de las dimensiones de la historia española en los dos últimos siglos, es una realidad de primer orden». Y he aquí algunas de sus opiniones, expresadas en su libro «De la caza y los toros», sobre la crueldad que en las corridas se tiene para con el animal protagonista: «¿Es tan claro, tan evidente como algunos pretenden, que no se puede, moralmente hablando, hacer daño al toro? ¿Es de mejor ética que el toro bravo —una de las formas más antiguas, en rigor arcaicas, de los bóvidos— desaparezca como especie y que individualmente muera en su prado sin que muestre su gloriosa bravura? Es un error creer que la capacidad de sentir en nosotros el dolor sufrido por un animal sirve de medida para nuestro trato moral con él». En otro pasaje de sus textos taurinos, recuerda Ortega que, cuando los ingleses llevaron filtros a la India para depurar las aguas infecciosas, advirtieron con sorpresa que los hindúes no usaban el artefacto por motivos de higiene, sino para evitar la muerte que su organismo, al beber, causaría a los microbios acuáticos; esto, según el escritor, es un exceso de sentimentalidad y demuestra a los extranjeros que juzgan adversamente las corridas que, si ellos matan un toro, su acción nada tiene que ver con lo que en una corrida significa matar el toro; todo es, o puede ser, mera cuestión de óptica moral. E insiste: «Cuando se derrama la sangre, se produce una contracción de asco y terror en toda nuestra naturaleza, como si se hubiese cometido el más radical contrasentido: hacer externidad lo que es pura interioridad. Sin embargo, hay un caso en que la sangre no produce ese asco: cuando brota del morrillo del toro bien picado y se derrama a ambos lados. Bajo el sol, el carmesí del líquido brillante cobra una refulgencia que lo transustancia en joyel. La excepción, única que conozco, es tan extraña como la regla que quebranta».

En posición radicalmente opuesta, Albert Schweitzer, pastor protestante, médico, músico y teólogo, Nobel de la Paz en el 52, se dirige hace poco, escaso tiempo antes de morir, al diario «Le Monde» y protesta en una carta abierta ante la celebración de corridas en Francia. «¿Están de acuerdo —razona disintiendo de Ortega— con la forma en que todos debemos tratar a los animales? Ciertamente que no. Entonces, ¿cómo podemos admitir las corridas de toros en Francia? Hemos de permanecer fieles a los auténticos valores culturales, y la esencia de toda civilización reside en su profunda humanidad».

En 1966, el escritor argentino Jorge Luis Borges redacta una introducción para mi libro de relatos «La guerra, el mar y otros excesos». Cuando ese texto llega a la editorial «Emecé», el libro está ya impreso y encuadernándose; así pues, la introducción de Borges sigue iné-

ditada y, con ella, su breve pero terminante manifiesto antitaurino; refiriéndose a la serie de cuentos con que concurre al premio del diario «La Nación», Borges recuerda el despego o disgusto con que, tanto él como el resto del jurado —Eduardo Mallea, Adolfo Bioy Casares, Carmen Gándara y Leónidas de Vedia—, acogieron su tema taurino que, precisa Borges, «tendía a alejarnos» de mis historias. Borges reproduce unos brillantes versos de Quevedo, alude con ellos implícitamente a la nobleza del toro y al respeto a que es acreedor, y declara con firmeza que, al leer mis cuentos, «nos sentíamos partidarios del toro, no de los toreros». El factor suerte, esencial incluso en los concursos literarios más recta y honestamente fallados, y otras consideraciones del jurado que no vienen al caso, inclinaron por fin la balanza a mi favor. Pero lo que importa aquí, y lo que esas y desconocidas páginas de Borges revelan, es que, tanto él como los demás miembros del jurado, miraban con antipatía el tema de la Fiesta.

El conde de Las Navas, el crítico y periodista López Pelegrín, el escritor Néstor Luján, el doctor y ensayista Gregorio Marañón, se han mostrado, en cambio, partidarios de la Fiesta. He aquí unas expresivas

palabras del último sobre su principal personaje: «Creo que no hay héroe más sencillo y amable que el torero, y eso que su gloria, en los grandes días, debe producir como ninguna otra la emoción del vencedor directo, que es la que más se sube a la cabeza». Detalla Marañón, haciendo hincapié en ello, que él no es un aficionado, objeta ciertos aspectos de las corridas pero al mismo tiempo reconoce «la insuperable belleza de alguno de los lances que puede ofrecer esta Fiesta al espectador».

En sus estudios sobre el poder de la imaginación, Jean-Paul Sartre evoca, concretamente en «Teoría de la emoción», el fenómeno del torero como ejemplo del que llama «mundo mágico». En este mismo sentido, y de modo mucho más desarrollado y específico, el español José Bergamín llega, años antes que Sartre, a estos concluyentes términos: «Las corridas de toros pueden ser justamente exaltadas o denigradas según el estado de ánimo de quien las percibe, y aun para quienes participan en su profunda magia pueden ser objeto de repudio ético o sociológico racionales, como sucedía, por ejemplo, al escritor Ramón Pérez de Ayala. Como ha podido alguna vez sucedernos a nosotros mismos. Y como sucede en

Los Toros

aquellos Estados cuyos gobernantes han seguido normas éticas exclusivamente racionales para eliminarlas, prohibiéndolas. Pues las raíces de la Fiesta consisten en un misterio emocional exclusivamente mágico». No podemos por menos que observar, en estas líneas de Bergamín, una amplitud de criterio sumamente afinada, que cuenta con todo y que mediante la fórmula, no falsamente mitificadora, de una emoción especial de orden «mágico», trata de conciliar o explicar las más opuestas e inveteradas reacciones humanas en torno al hecho de la corrida.

toros y novelistas

Entre los narradores, quizá no exista testimonio de adhesión a la Fiesta de toros mayor que el del estadounidense Ernest Hemingway. «El viejo Hem», Nobel de Letras en el 64, redomado hispanófilo y autor de los relatos taurinos «Fiesta», «Muerte en la tarde», «El verano sangriento», «El invicto», «La capital del mundo», «La madre de un **SIGUE**



Un torero corneado —Paco Camino— trata de protegerse contra otro inminente ataque de su enemigo.

as», fue absorbido hasta tal punto por la Fiesta que el crítico Geismar escribió de él: «¿Qué se propone este gran escritor con su absorbente pasión por las corridas de toros, a las cuales parece que ha subordinado todo lo demás de su vida?». Preguntada a la que, se diría, responde el propio interesado con estas líneas anteriores a las de Geismar: «El toreo es el único arte en que el artista se halla en peligro de muerte y en el que el grado de brillantez de su trabajo corre parejas con su valor». En una de sus novelas más conocidas, el protagonista —a buen seguro, Hemingway mismo— está explicando los detalles del espectáculo a una muchacha extranjera que lo contempla por primera vez «de manera —dice— que ella vio cómo se desarrollaba, y se dio cuenta de que estaba siguiendo algo con una finalidad definida y no un espectáculo con horrores inexplicables». La patética figura del modestísimo torero Manuel García, protagonista de su relato «El invicto»,

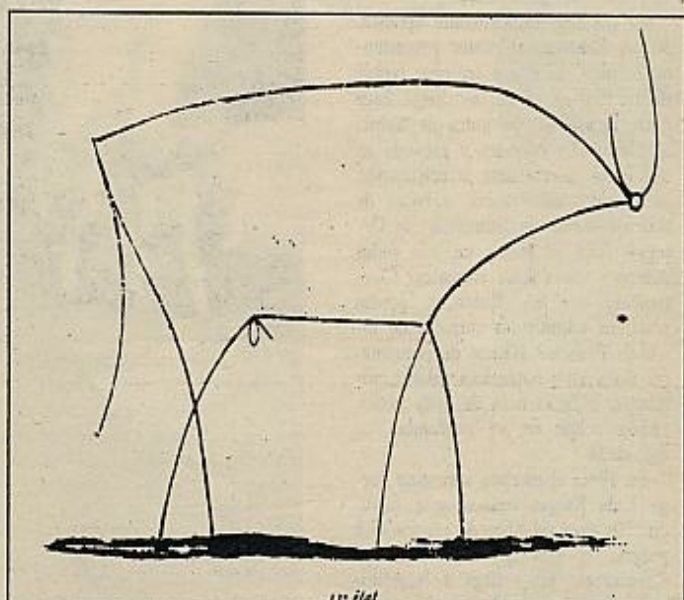
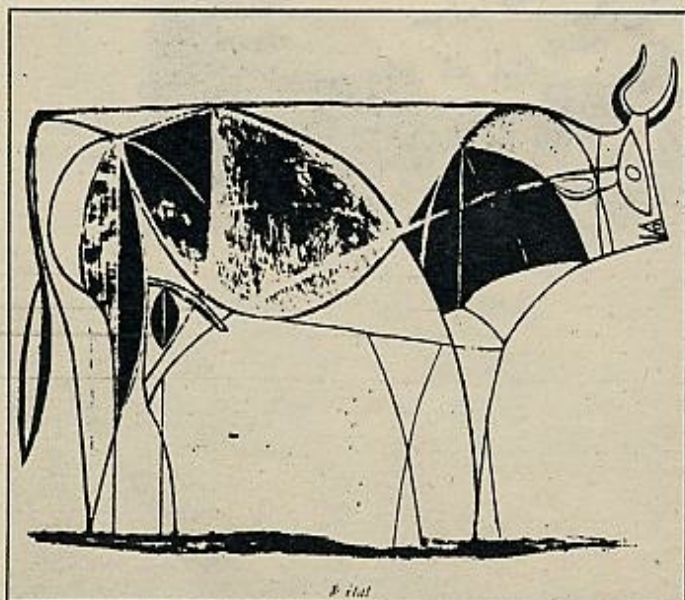
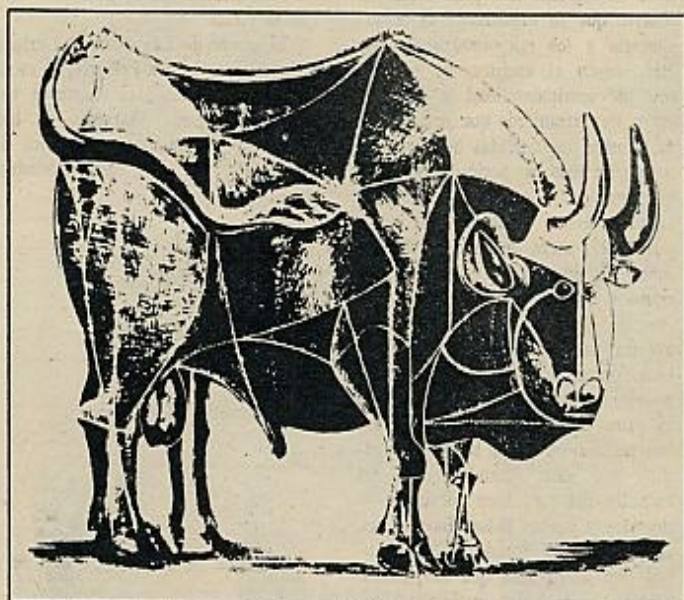
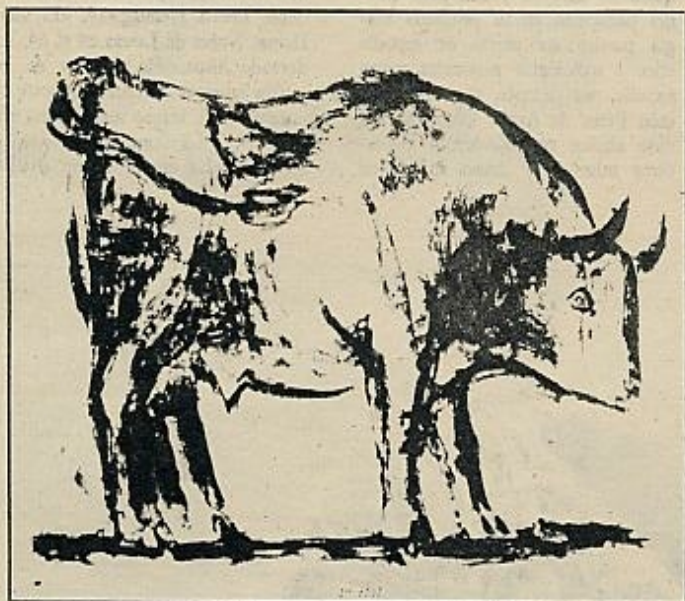
es como un prototipo de profesional anónimo y sin suerte, con una capacidad de superación semidivina, impermeable al desaliento de sus reiterados fracasos: una especie de formidable y misero Quijote de la Fiesta y, en general, de la vida. Pero, en toda la narrativa taurina de Hemingway, nada quizá tan revelador como un cuento insuficientemente conocido y apreciado, que tiene sólo dos páginas: «Una historia trivial». Las quince últimas líneas de este relato aluden inesperadamente a la agonía y muerte del espada sevillano «Maera», junto a las cuales y a su eco, sugiere Hemingway, parece ridícula toda la actualidad intelectual y vital del mundo presentada por las revistas culturales o presuntamente culturales.

La presencia de la Fiesta de toros es antigua y frecuente en el cuento y la novela. Cervantes, sin tomar partido, ya encomia, a través de un personaje, «la destreza, gallardía y valor» inherentes al ejercicio del toreo

y aun provee en un capítulo de «taurina» impavidez al señor Alonso Quijano, quien se enfrenta a toda una manada de reses bravas, conducida por los vaqueros a través de los campos castellanos. Por su parte, los escritores del romanticismo —viajero francés, a través, sobre todo, de Teófilo Gautier y Próspero Mérimée, nutren con tipos y escenas de la Fiesta muchas de sus mejores páginas y se muestran ardientes defensores del espectáculo, si bien su fervor turístico y su adhesión sin condiciones al más palmario y superficial color local, fuera del signo que fuera, anulan en parte la validez de sus afirmaciones y acaloramientos.

Pío Baroja, en cambio, hace causa común con sus contemporáneos del 98 y se muestra, en no escasos pasajes de su obra, despectivo y duro para con la Fiesta. Como su compañero de generación «Azorín», quien al referirse a un viajero inglés del XIX que visita un coso vacío, escribe: «Examinó la plaza y, ante las

calurosas muestras que el conserje hacía, no ya del espectáculo, sino simplemente de donde el espectáculo se celebraba, reconocía que no se explicaba tan fervorosa efusión. Si Robert Sempere hubiera presenciado una corrida de toros, es posible que tampoco hubiera podido explicarse el entusiasmo desbordante de millares y millares de españoles». No obstante, el propio «Azorín» parece revelarse como aficionado en cierto pasaje de su libro «Valencia»: «La plaza de toros de Valencia —precisa— era una airosa plaza. No perdía yo corrida. Allí vi a toda la torería andante. No es posible olvidar a aquellos toreros. Por allí pasaron —y yo los vi— Gordito, Cara Ancha, Fernando Gómez El Gallo, Lagartijo, Ángel Pastor, Bombita, Reverte, Espartero, Antonio Fuentes, Guerrita». Pero «Azorín» debió rehacer con el tiempo su gusto y su criterio sobre la Fiesta, o bien ir diferenciando lo que en el mundo taurino hay de estimable y lo que hay de reprochable. El



Litografías de Pablo Picasso, en sucesivas fases. Estas cuatro corresponden a una serie de once, fechadas entre los primeros días de diciembre de 1945 y enero de 1946.



Encierros de San Fermín. Los toros han dejado de ser espectáculo; pamplonicos y visitantes, empujados por la galopada de los toros, inundan el redondel de arena.

mayor alegato del gran escritor levantino contra los toros se encuentra en «Un pueblecito: Riofrío de Avila», donde aconseja enérgicamente: «Abominemos de los toros. Los toros son brutalidad y barbarie. Se dice que los toros sirven para afirmar el ánimo en el valor. No. Lo que nosotros desearíamos es que este caudal de energía, este ímpetu de nuestra España, fueran encauzados, normalizados, beneficiosamente recogidos». De manera más o menos explícita, la imagen que de los toros proporciona **Vicente Blasco Ibáñez** en «Sangre y arena» es, asimismo, negativa.

A su vez, el narrador y humorista **Julio Camba** aludió a las corridas de Portugal —que, como es sabido, excluyen la muerte de la res— como demostrativas de la bondad del país que así entiendo la Fiesta. «Pero su bondad —concluye— detalla su ineptitud para las corridas de toros. Y es que el toro es una cosa trágica, que se puede suprimir, pero que no hay medio humano de convertir en una

cosa lírica». Y a su modo, entre goyesco y jocundo, en su seriedad alucinantemente divertida, **Ramón Gómez de la Serna** ha tocado, en novelas y cuentos, el antiguo tema, que adquiere en su imaginativa pluma un matiz muy vital y, solapadamente, medio crítico y entusiástico, como en «El torero Caracho» o en aquella señora página donde la revolución elige castiza y eficazmente, para el golpe definitivo, el momento cumbre de la corrida de gala presidida por el jefe de gobierno y su plana mayor.

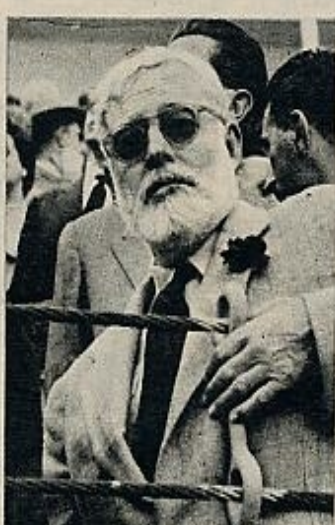
Refiriéndose precisamente a la política y los toros, el joven francés **Jean Cau**, Premio Goncourt y autor del libro taurino «Las orejas y el rabo», se pregunta: «Siendo los toros un espectáculo, ¿por qué iba nadie a suprimirlo? ¿Por qué iba a renunciar un régimen político, cualquier régimen, a lo que fue, es y seguirá siendo la Fiesta Nacional?». Y, brincando a un mundo mental del todo opuesto, el **padre Coloma**, 1851-1914, jesuita, toca a veces en sus trasnochadas novelas el tema de los

toros con evidente simpatía; no ha de olvidarse que todas y cada una de sus obras están dotadas de una carga presuntamente moral y aleccionadora.

Un uruguayo, **Carlos Reyles** (1868-1938), ha escrito líneas inusitadas refiriéndose al ruedo: «Ese círculo nos transfigura, nos sublima, porque reviven en él acaso las energías y virtudes de nuestro heroico pasado; todo aquello que nos hizo grandes y fuertes». Y otro de los personajes de su novela. «El embrujo de Sevilla», hablando como por boca del autor, observa del excitado público taurino: «Mire usted esos rostros. Sólo a los héroes y a los grandes artistas les es dado suscitar emociones semejantes». Un novelista, de principios de siglo y recién exhumado por «Alianza Editorial», **José López Pinilla**, «Parmeno», traza, por el contrario, en sus novelas taurinas un amargo cuadro de costumbres, provisto de un patético trasfondo social y de una adelantada y sorprendente voluntad desmitificadora, a la que se acercaron

en nuestros días **Angel María de Lera** con «Los clarines del miedo» y **Elena Quiroga**.

Con el novelista y dramaturgo francés **Henry de Montherlant** cerramos este somero repaso de narradores partidarios o enemigos de la Fiesta; a Montherlant no hay modo de incluirlo entre los últimos; Montherlant siente los toros como algo ritual y clásico, solemne y majestuoso. El héroe de «Los bestiaros» es un joven aristócrata parisino, irremisiblemente atraído por la profesión taurina y que llega a España a ser matador; Montherlant compara la emoción del torero triunfante a «la del poeta que se entrega a la inspiración o a la del compositor que improvisa»; para él, la faena es un acto de creación y, para su personaje, el esquilon de los mansos en el pobre ambiente de los corrales de una plaza vallisoletana, suena como una campanilla sacramental; en una buena faena taurina y «como en todo arte, la maestría da lugar a la sencillez. El del matador en vena de aciertos **SIGUE**



Arriba, escritores y pensadores detractores de las corridas de toros: de izquierda a derecha, Eugenio Noel, Miguel de Unamuno, Pio Baroja, Albert Schweitzer, Eugenio del arte y de las letras que han estimado las corridas de toros por sus valores plásticos o humanos: Giovanni Papini, José Ortega y Gasset, Ernest

es «un poder soberano», y su trabajo parece tan fácil «como los actos que realizamos en los sueños, dotados de la nobleza y la libertad sobrehumanas que tienen los movimientos filmados a cámara lenta».

los toros en la poesía

Una visión ritual de la Fiesta, semejante a la de Montherlant, y pasando finalmente a los poetas, es la del sevillano **Fernando Villalón** (1881-1930), ganadero de reses bravas y hombre de descabellada y simpática personalidad, que se arruinó, o casi, en el capricho de conseguir una raza de toros con los ojos verdes (y que, por fin, obtuvo a fuerza de cruces, ensayos e importaciones, aunque con la pequeña desventaja de que resultaban perfectamente ilidiables). Para Villalón, que ha dedicado al tema taurino muchos de sus mejores versos populares y neoclásicos, la sangre del toro derramada en la arena es «patente muestra de una fe que en mí perdura». Conviene aclarar que el poema en que esta confesión figura está dedicado a Hércules, dios fundador y habitante de ciudades,

costas y marismas bajoandaluzas donde transcurrió la vida del poeta, quien alternaba la pluma con la garrocha y la tribuna de conferenciante con la silla vaquera. Se explica así que para nadie como para Villalón el toro bravo sea el totem hispánico, protagonista de milenarios ritos y creencias: un animal, dice, que «en la plaza debe ser vencido, pero no humillado».

Referencias a las fiestas de toros ya existen en poemas medievales —en el «Cantar de Mio Cid», por ejemplo, o en las cantigas de Alfonso el Sabio—. De entre los grandes clásicos españoles de los Siglos de Oro, **Quevedo** y **Lope de Vega** escribieron frecuentemente, pero su posición, aunque consta que Lope era todo un aficionado, suele ser neutral cuando no decididamente contraria, como en Quevedo, indudable adversario de las corridas; opuestamente, el cordobés **Góngora**, cima de la poesía barroca, fue un cura cuyos hábitos no le dificultaron ser un fervoroso asistente y exégeta de la Fiesta, cantada por él con admirativo acento.

No menor que la de sus partidarios, la legión de poetas enemistados con las corridas es copiosísima. **Baltasar de Alcázar** (1530-1606) definió

a la Fiesta como «miseria y amarga»; **J. M. de Heredia** (1803-1839), como «espectáculo atroz, mengua de España»; el último romántico, **Emilio Carrere** (1880-1947), como «apoteosis de crueldad y fiereza» y «oscura y bárbara»; a su vez, el sevillano **Luis Cernuda** (1902-1963), una de las voces mayores de la poesía española contemporánea, la tacha de «estúpida y cruel». Otro andaluz y Nobel, **Juan Ramón Jiménez**, también se muestra despectivo para con las corridas; su enemistado despego es bastante original y está en perfecta congruencia con su idiosincrasia y su vida: hombre de soledad y meditación, Jiménez detesta, sobre todo, la confusión y la agitación multitudinarias de la corrida, que descomponen y afean odiosamente el ambiente tranquilo de su pueblo de origen. Y el actual **José María Valverde**, al final de un poema suyo, se dirige al toro como avergonzado, y le pregunta: «¿Qué le irás a decir de nosotros a Dios...?». Dos poetas —sevillanos!— de la última hornada, **Alberto García Ulecia** y **Manuel Mantero**, han escrito poemas antitaurinos, respectivamente, desde sendos planos sentimental y social, y, a su vez, el también sevillano y muy grande An-

tonio Machado (1875-1939), alude alguna vez a la Fiesta como a un mal nacional, símbolo de atraso y de inútiles pasiones, si concretando también, como con una curiosidad respetuosa, que las corridas «constituyen un espectáculo demasiado serio como diversión; son esencialmente un sacrificio y por esto —scribe— las corridas de toros, que a mi juicio no divierten a nadie, interesan a muchos».

Posición del todo diversa es la de su hermano, **Manuel Machado** (1874-1947), quien dedicó a la Fiesta uno de los más lujosos poemas descriptivos con que la Fiesta cuenta, y que en su autobiografía en verso instala este célebre paracaído:

Y antes que un tal poeta, mi deseo
[primero
hubiera sido ser un buen banderero
[llero.

Excepto en el caso de los soviéticos, la incondicionalidad taurina de los poetas extranjeros parece imponerse a cualquier reparo de la sensibilidad o de la ética. Así, el alemán **Rainer María Rilke**, dedica a la memoria del matador Montes su poema «Corrida», y ve en la del toro «una muerte suave» y en la lidia un es-



Evtuchenko. Jean-Paul Sartre no se decide de forma terminante. Abajo, personalidades Hemingway, Jean Cocteau, Jorge Luis Borges y Pablo Picasso.

pectáculo fascinante, entre elegante y tremendo. El sudafricano Roy Campbell, el francés Jean Cocteau, el norteamericano Anthony Kerrigan, han descrito a su vez la Fiesta con admiración, y el nicaragüense Rubén Darío, en su «Gesta del coso», hace conversar al toro de lidia con uno de los mansos buyes que prestan servicio en la plaza; el toro no quiere morir, pero el buey termina diciéndole que, peor que la muerte en combate, es la esclavitud a la que él se ve sometido. A medio camino, entre el deslumbramiento emotivo y la repulsa de orden social, un joven poeta italiano, Giovanni Ferrari, ha escrito en Cádiz y en el verano de este año una breve e intensa pieza sobre el tema. Y también este año, el ruso Eugenio Evtuchenko ha publicado un extenso poema, ampliamente traducido ya, que constituye una discontinua, pero decidida, negación a la Fiesta brava, y que prolonga la también negativa de su coterráneo Mayakovsky: «Ojalá, en vez de cuernos, tuviera el toro dos ametalladoras».

Los contemporáneos españoles Rafael Alberti, Gerardo Diego, Miguel Hernández, Federico García Lorca, Agustín de Foxá, Rafael Morales, han dedicado a los toros largos poemas o

libros enteros. Todos ellos, a excepción de Hernández, fueron o siguen siendo grandes aficionados prácticos —Gerardo Diego, casi de los de abono— y uno, echando estas cuentas, ha podido caer en cosas muy curiosas. Por ejemplo, es un hecho tan significativo como poco advertido que el casi siempre decorativo Foxá, y pese a su mayor asiduidad a las corridas que la de García Lorca, tenga para ellas términos de una dureza que parece partir de una reacción condenatoria y crítica, inhallable en el granadino. La solemnidad y el patetismo del lorquiano «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías», que es el más grave y conmovido texto de García Lorca sobre el tema de la Fiesta, no incluye la desfavorable imagen de ella que presenta Foxá en la elegía a Manolete de «El toro, la muerte y el agua». En éste y otros poemas, el ruego y sus arenas son para Foxá «la playa horrible»; la barrera se convierte en «la madera maldita con números pintados —por donde nunca entró la primavera»; el cura dice, irónicamente, «es preciso a este sport llevar los óleos», y el vendedor, con la calderilla sonando entre sus cestas, pregona la naranja para «los labios que pálidos la buscan - secos por

la emoción de la cogida...». En García Lorca, rendido enamorado de los toros en sus romances y canciones y en el mismo «Llanto» donde es incapaz de condenarlos, sólo hemos encontrado, a título de criterio enjuiciador y positivo sobre el fenómeno de los toros, la siguiente declaración, coincidente con Ortega: «Si muchos extranjeros pudieran profundizar el verdadero secreto de la Tauromaquia, la juzgarían de forma muy diversa...».

puntos finales

En pintura y escultura cabe distinguir. Hay un Gutiérrez Solana cuyas telas de la Fiesta, y cuyos escritos sobre el tema, sugieren una implícita condenación de los toros. Goya, como Picasso, aparecen, no sólo como cumbreros de la pintura taurina, sino también como acérrimos aficionados; al decir de un amigo suyo, Goya «se transformaba los días de toros» en su entusiasmo e interés ante la inminencia del espectáculo: son dos comprometidos con la Fiesta más que pictóricamente. En la obra de Doré, de los Zuloaga, de Benlliure, de Ferrant, de Domingo, de Moreno Galván, de Juan Romero, hay también una secreta o manifiesta devoción por los toros, mientras que es fácil advertir la simple intención plástica que adquieren en un Manet, en un Dario de Regoyos, en un Bernard Buffet. En verdad que son raros estos últimos casos; propicia a toda suerte de reflejos humanos, la Fiesta crea problemas en quienes la presencian, los suma y divide, los traumatiza o les infunde vigor y entusiasmo. No es fácil permanecer indiferente ante los toros, que suelen calar lejos y hondo, que llegan a todo, aunque, pese a la

Los Toros

pasión de un Orson Welles, aún no acabaron de llegar al cine, abundante en engendros taurinos, de los que se evaden, por los pelos, algunos cortos excelentes, con «Torero», del peruano Carlos Velo, asimismo gran aficionado, y, si acaso, con «A las cinco de la tarde», de nuestro Bardem. La intención crítico-sociológica de esta película es bien clara. Como lo fueron, en el campo del teatro, la de «La cornada», de Alfonso Sastre, que entiendo la inspiró, y la de la lejana tragedia contra la Fiesta «Los semidioses», de Federico Oliver, un valiente «no» escenificado que, en tiempo de máximos fervor y turbamulta taurinos, valió sinsabores y soledades a su autor y aun a sus intérpretes.

Y aquí doy cuenta de mi balance. Di y comenté opiniones y actitudes; no las truqué; no las elegí tendenciosamente. Hace dos años, embriónicas, crudas e incompletas, estas notas aparecieron en el casi secreto y efímero semanario de un pueblecito andaluz. Hoy se aumentan, ultiman y vienen a testimoniar, desde estas páginas, datos precedentes de una antigua fractura nacional. La polémica de siete siglos continúa indecisa. TRIUNFO abre debate sobre ella.

EN EL PROXIMO NUMERO:

ENCUESTA SOBRE "LOS TOROS"

LA DISCUSION EN ESTADISTICAS

El balance de opiniones y actitudes de los 104 nombres citados en este trabajo, clasificados por dedicaciones y dentro de la mayor aproximación posible, arroja los resultados siguientes:

Dedicaciones esenciales	Detractores de la Fiesta	Defensores o simpatizantes	Eclécticos, dudosos, pasivos	TOTAL
Científicos, pensadores y ensayistas	11	8	6	25
Autoridades religiosas y civiles ...	8	5	1	14
Economistas	1	1	—	2
Narradores	7	9	2	18
Poetas	12	13	4	29
Creadores en general (artistas plásticos, dramaturgos, directores de cine, actores...) ...	3	8	5	16
Totales	42	44	18	104

De estos 104 nombres, 68 son españoles, 36 extranjeros de 12 países (11 franceses, 5 argentinos, 5 italianos, 4 norteamericanos, 2 rusos, 2 alemanes, 2 suizos y sendos cubano, sudafricano, nicaragüense, peruano y uruguayo). Como se ve, en los científicos, pensadores, ensayistas, autoridades religiosas y civiles, el número de detractores se impone al de los defensores; en el de los escritores en general, ocurre lo contrario.